

## Colombia

# Entre el dolor y la esperanza

Alfredo Infante

Por su complejidad resulta difícil un acercamiento a la realidad colombiana. Por ello, mi pretensión no es acercarme desde un punto de vista analítico sino más bien desde un punto de vista experiencial, después de haber convivido durante todo el pasado mes de septiembre con la gente sencilla de la parroquia de San Pío X de Cúcuta.

Quizás no hay mejor forma para comenzar que intentar responder a la pregunta que muchos me han hecho: ¿cómo vive el colombiano pobre la situación de violencia que atraviesa el país? Para dar respuesta a esta interrogante presento esta anécdota: Estando la parroquia en los preparativos de la Misión "por la reconciliación a la paz", una de las actividades previas consistió en entregarles papelógrafos a los niños para que pintaran sus sentimientos ante la situación del país. Sucedió que uno de los niños concluyó su creación de esta manera: casas, árboles, flores, mariposas, pájaros, pintados todos al revés y amenazados por armas de fuego, todo su mundo cercano volteado. Al entregárselo a la coordinadora de la actividad ésta le preguntó: "¿mi amor, no te has dado cuenta que has pintado todo al revés?". El niño se le quedó mirando, sintiéndose incomprendido, y luego respondió: "Es que así están las cosas". Siento que esta anécdota recoge la forma plástica más clara de expresar lo que internamente vive el colombiano, ese sentirse inmerso en una realidad que se voltea y lo amenaza, que implica en definitiva vivir en la desesperanza.

Sin embargo, en la convivencia diaria con la gente sencilla en las comunidades cristianas, en las ollas comunitarias, en los botiquines comunitarios y muy especialmente en la visita a sus casas, descubrí otro elemento constitutivo de su interioridad: la esperanza.

En una sociedad sitiada por el temor y la negación de la vida, la gente sencilla se atreve a esperar, y así en su interior dos elementos contrarios se hacen vivencias: desesperanza-esperanza, temor-riesgo, dolor-alegría, muerte-vida. Si buscáramos un símbolo que expresara esta vivencia de elementos contrarios, tendríamos que recurrir a la cumbia; en ella conviven estos elementos opuestos: en las entrañas de sus notas existen lamentos, ayes profundos, un dolor desgarrador que poco a poco va siendo envuelto, subsumiéndose en ritmo alegre, y al danzar la cumbiambera lleva una vela encendida en la mano como mostrando el camino. Esta es quizás la mejor síntesis simbólica, porque en medio de esa realidad volteada y amenazante —pintada por el niño— hay una terquedad en la apuesta por la vida. Recuerdo, a propósito de esto, una reunión de comunidad donde a la luz del pasaje del evangelio "Sal y luz de

la tierra", enseguida salió a relucir en la reflexión lo siguiente: "Estamos atravesando una noche sin sabor", "¿dónde está la fraternidad que debemos construir?" Así se fue pasando a un plano de reflexión más personal donde cada uno compartía su sentir más profundo y las implicaciones de esta llamada que el Señor hacía "ser sal y luz de la tierra", llamado que se centraba para muchos en seguir animando el trabajo comunitario y en el defender la vida, tarea que es necesario alimentar con la oración para que el sabor y la gracia de la luz no se pierdan.

Se trabaja por la esperanza porque se sufre (Rom. 8, 19-25), —"atrasamos una noche sin sabor"— y ese sufrimiento fruto del pecado estructural se manifiesta en:

- Cierre casi absoluto del espacio político
- "Un estado de sitio en vigor durante la mayor parte de los últimos 30 años" (Informe Amnistía 88).
- Desplazamientos masivos de campesinos a la ciudad causados por la violencia.
- Cambio en el modelo represivo: desciende el número de detenidos y torturados y aumenta enormemente el número de desaparecidos y asesinados (Informe Amnistía 88).
- 140 escuadrones de la muerte activos
- El terror sembrado por los carteles de la droga, quienes se han constituido en un poder real a nivel político, económico y militar.

Este panorama tan desolador es real, mas no encierra la totalidad de la realidad; hay otra dimensión más humana que tiene que ver con todo el movimiento en pro de la paz, la defensa de la vida y las luchas por la conquista de espacios políticos con

miras a la construcción de una nueva sociedad. Lucha que se mantiene pese a los asesinatos, desapariciones, y amenazas a muchos de sus dirigentes. Para finales de 1987, las protestas cívicas habían movilizado a más del 50% de los municipios del país, lo cual indica "el desarrollo de una cultura popular proclive a la acción de fuerzas como camino de reivindicación ante el bloqueo que imponen instituciones antidemocráticas" (Solidaridad, Nov. 87). Así también la defensa de la vida, el anhelo de paz y la lucha por los derechos humanos se ha convertido en el punto de confluencia de gremios, sindicatos, grupos culturales y grupos cristianos. Lucha que cada día se consolida y toma más fuerza tanto a nivel interno del país como a nivel externo gracias al apoyo de Amnistía Internacional.

Para finalizar quisiera dejar las palabras que una señora me dijo antes de despedirnos: "Dile a nuestros hermanos venezolanos, que aquí estamos trabajando por la paz".

